

## RESEÑA DE LIBRO

# LA CIUDAD Y LA FIESTA: CULTURA DE LA REPRESENTACIÓN EN LA SOCIEDAD MEDIEVAL (SIGLOS XIII-XV)

**D**urante la Edad Media, las fiestas, ritos y ceremonias significaron la reunión general de la población y eran el momento en el que se reflejaba la grandeza y el poder de quienes las impulsaban, mientras que se definían las relaciones jerarquizadas entre los individuos en el conjunto social, como consecuencia de la necesidad de concentración. Es decir, la ocasión festiva medieval servía para que la ciudad, el concejo o la sociedad urbana se presentasen ante sí misma e hiciera gala de unos gustos, hábitos y fórmulas que terminarían caracterizando a la cristiandad occidental.

La fiesta en este tiempo exigía una participación activa del colectivo celebrante y debía generar una movilización de la comunidad entera al constituir un medio para explicarse el mundo y estar en él. Ésta constituía un momento privilegiado de la vida en sociedad, ocasión de reencuentro y momento de eclosión de representaciones so-



**Lucia Belén Gómez**

*Universidad Católica Argentina*

*lulibgomez@gmail.com*

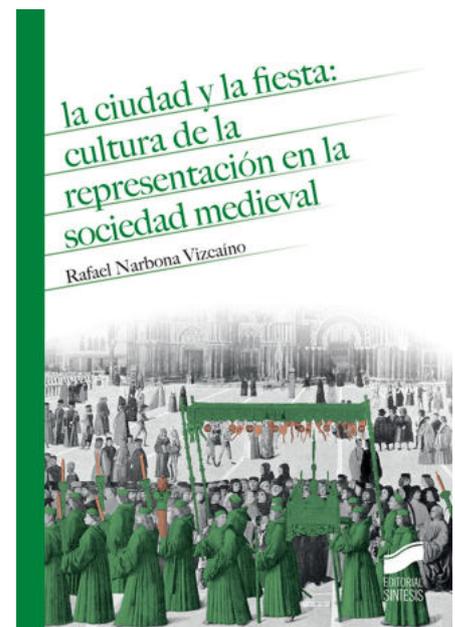
ciales que proyectaban mensajes de y para la sociedad con las que exhibir y proclamar el poder, crear consensos entre la población, concitar una opinión pública favorable y afirmar la posición privilegiada de la clase dirigente.

*La ciudad y la fiesta: Cultura de la representación en la sociedad medieval (siglos XIII-XV)* es una obra del historiador Rafael Narbona Vizcaíno, quien presenta un detallado análisis sobre la ciudad festejante de la Europa de los siglos XIII al XV. El estudio está dividido en 6 capítulos más un apartado final de fuentes que ayudan a ilustrar cada una de las partes de este libro.

El primer capítulo se centra en las celebraciones festivas como mecanismo de ordenamiento y de periodización del tiempo ya que las fiestas constituyeron una de las categorías culturales fundamentales a la hora de definir la percepción del mundo. Así, Narbona Vizcaíno se retrae a los orígenes tardoantiguos y altomedievales para comprender las medidas del tiempo del calendario como forma de organización de las actividades y las relaciones sociales. El autor comenta que existían diferentes calendarios y tiempos de fiestas propios de ciertos grupos sociales, que en algún momento son asumidos por el conjunto de la comunidad, y señala que el número de días festivos de cada ciudad incluía los principales hitos del

calendario universal de la Iglesia, las referencias devocionales del santoral local, más las ceremonias políticas correspondientes, las costumbres de arraigo popular que variaban de un lugar a otro y cualquier acontecimiento impredecible.

El siguiente capítulo se enfoca en cómo el sentimiento cívico, la memoria fundacional y los santos guerreros permitieron a los ciudadanos expresar un sentido de mutua vinculación al organizar manifestaciones públicas que se pueden considerar como “patrióticas”. De esta manera, uno puede comprender y valorar cómo la adhesión a la patria y al bien común — que presentaban matices casi religiosos en las fiestas — gestaban la personalidad colectiva de la comunidad a través de la expresión de devociones y sentimientos, que permitían una particular cosmovisión del pasado, del presente y del futuro. El autor relaciona estos hechos con la belleza y la elegancia de las construcciones, como por ejemplo los palacios, las fortalezas, los portales de acceso a la ciudad o los templos, que forman parte del orgullo ciudadano. El mito patriótico nace tras la emergencia de una conciencia cívica, cuando los gobiernos se comenzaron a preguntarse sobre sus orígenes o cuando los dirigentes crearon o recrearon sus mitos fundacionales. La celebración de la conciencia ciudadana era una evidente afirmación de patriotismo civil, político



**La ciudad y la fiesta:  
Cultura de la  
representación en la  
sociedad medieval**

Rafael Narbona Vizcaíno (ed.)

ISBN: 978-84-9077-456-4

Editorial Síntesis

Madrid, 2017

274 páginas

y religioso y que conllevaba la exposición y veneración de los símbolos sagrados, del poder y de la época fundacional, conmemorando, asimismo, en el caso ibérico, la victoria militar, la incorporación de la ciudad a la cristiandad y el nacimiento de la comunidad vecinal.

De la tercera sección destacamos la detallada y bella escritura del autor sobre el sentido de las recepciones, proclamaciones y coronaciones regias como ritos de reconocimiento de soberanía y de sucesión al trono. Manifiesta que el continuo desplazamiento de la corte real al mundo urbano, incluso hasta las villas de menor entidad, servía como modo de confirmación, expresión de lealtad y reconocimiento al monarca. Estos acontecimientos iban acompañados de la limpieza y decoración de las calles y fachadas a lo largo del recorrido urbano, con hierbas aromáticas esparcidas por los suelos, telas exhibidas sobre puertas y ventanas, galas y vestimentas suntuosas para los ediles, entre otros, que prestigiaban la ciudad ante el rey y enmarcaban la participación de toda la sociedad urbana en ese acto ceremonial hasta componer una visión armoniosa y sublime del conjunto social. Así, recorre la imagen de la monarquía para demostrar cómo el uso de las ceremonias reales se hacía para legitimar jerarquías y valores políticos y difundir una imagen sacra de ésta. Gestos,

objetos, textos, atributos, discursos o alegorías permitieron expresar el carácter intrínseco de las relaciones de poder y facilitaron el éxito de las adhesiones y de los comportamientos de los súbditos. Además, la celebración del triunfo militar en la guerra, la conquista o la victoria, fue uno de los elementos de forma propagandística que significó el máximo atributo de la realeza y ensalzamiento de los valores caballerescos del monarca, donde además los tesoros expoliados, las reliquias incautadas y los prisioneros encadenados desfilaban en una entrada ceremonial a través de un protocolo glorioso y alegre.

En el siguiente capítulo Rafael Narbona Vizcaíno da cuenta de cómo el calendario religioso estaba colmado de conmemoraciones a una enorme cantidad de personajes o santos pero que, al tiempo que unas incorporaciones ganaron espacio en la atención de los fieles, otras quedaron enquistadas en el pasado local como recuerdo de tiempos añejos y algunas perdieron la autoridad espiritual que antes se les había reconocido e incluso desaparecieron de la memoria de ciertas ciudades. Por otro lado, se construyeron santuarios para la conservación de las reliquias de los santos, mártires o confesores que eran dignos de ser visitados y honrados. Merece especial atención el análisis que realiza acerca del recuerdo y la conmemora-

“...LA CELEBRACIÓN DEL TRIUNFO MILITAR EN LA GUERRA, LA CONQUISTA O LA VICTORIA, FUE UNO DE LOS ELEMENTOS DE FORMA PROPAGANDÍSTICA QUE SIGNIFICÓ EL MÁXIMO ATRIBUTO DE LA REALEZA Y ENSALZAMIENTO DE LOS VALORES CABALLERESCOS DEL MONARCA...”

ción del amplio colectivo formado por santos y las fiestas principales de la Iglesia como la Navidad, Cuaresma, Pascua y, sobre todo, la fiesta mayor en las ciudades, que era la celebración del Corpus Christi, describiendo sus orígenes y cómo se llevaba a cabo esta conmemoración en la Europa medieval. La parte del festejo en sí es la más atractiva por lo que esto implicaba y la atmósfera de la ciudad a lo largo de los preparativos.

Sin embargo, las fiestas también tenían una fase de transgresión, a través de la cual el desorden, la parodia y la sátira desbordaban las calles y los templos con un fuerte contenido popular. En este contexto surge una momentánea inversión de las jerarquías y de las conductas sociales que otorgaban un protagonismo a figuras histriónicas, como los reyes de burlas o los obispillos, los cuales dirigían una fiesta de índole paródico o carnavalesco, conocida como las fiestas de locos, e insistían en la precariedad de la condición humana y en la fragilidad de las jerarquías sociales. Esta contracara nos muestra la desmesura, el despilfarro y, sobre todo con el consumo de alimentos y bebidas, una gestualidad excéntrica e incluso obscena, así como una alegría desbordante. Era el momento de la suspensión de reglas, del imperio de bufones y reyes de burlas, erigidos y aclamados por grupos juveniles. En esta parte el autor nos presenta el rol

fundamental de la juventud dentro de esta cultura popular, además de la acción de las cofradías y agrupaciones, el bajo clero y los bufones, arlotes y reyes pájaros, todos con una importante participación en los carnavales o las libertades de diciembre.

El último capítulo se desarrolla en torno al festejo de la infamia, con el cual se pretendía purificar a la comunidad vecinal, expulsar los elementos negativos o aquellos personajes criticados u odiados y conjurar y propiciar el porvenir mediante un acto justiciero, risible o irónico. La vía pública, las plazas más significativas y concurridas, así como lugares específicos dotados de rollos, horcas, picotas o cadalsos permanentes se erigían en puntos clave de la localidad, y eran utilizados para dar publicidad a los más variados castigos, donde se recreaba todo un espectáculo del poder con cierta regularidad. En esta parte podemos percibir las más crueles celebraciones, con ejecuciones o castigos públicos tras un procedimiento judicial, por el cual la gente se agolpaba con curiosidad mórbida para observar esta exposición a la vergüenza. Asimismo, el autor hace un recorrido por las pinturas o imágenes que se elaboraban con escenas grotescas, para advertir la memoria de la población o aquellos individuos que habían podido escapar de la acción de la justicia, para terminar con los autos o juicios de fe, es decir, el acto religioso de penitencia y justicia

“EL ÚLTIMO CAPÍTULO SE DESARROLLA EN TORNO AL FESTEJO DE LA INFAMIA, CON EL CUAL SE PRETENDÍA PURIFICAR A LA COMUNIDAD VECINAL, EXPULSAR LOS ELEMENTOS NEGATIVOS O AQUELLOS PERSONAJES CRITICADOS U ODIADOS Y CONJURAR Y PROPICIAR EL PORVENIR MEDIANTE UN ACTO JUSTICIERO, RISIBLE O IRÓNICO.”

que exigía la participación de toda la sociedad y se entendía como un día de gloria en el que se castigaban a los herejes con la ley de los justos y se procuraba la reconciliación de los pecadores.

Para finalizar, recomendamos realmente esta obra debido a que hace un gran uso de fuentes y bibliografía, lo que permite respaldar los argumentos del autor, además de la gran facilidad de lectura y los interesantes pasajes sobre las diversas celebraciones en las ciudades de la Europa medieval. Lo consideramos también como material ideal para aquellos que estén estudiando el tema o sólo quieran saber más sobre éste.